

caen á veces en un precio vil; las obras maestras van á enterrarse en la choza del campesino; los lienzos paran en rajarse ó en ser roídos por la polilla. Los trabajos del hombre, sus idiomas, sus leyes, sus usos, sus capitales casi no duran mas que él. Hubo en tiempos antiguos ciudades de consideracion, de que hoy no se encuentran ni las señales... No, Fidio, no deis un sentido serio á la idea de la gloria, y decíds mejor que es un vapor casi siempre mortal para el que tiene la imprudencia de aspirarle. Tan penetrado estoy de esta conviccion, que yo nunca saco á luz mis obras ni pongo en ellas mi nombre.

Fidio después de estas razones, se quedó mudo y triste.

—Otra ilusion menos, dijo al fin entre dientes. Spurdzer, sois desapiadado como la verdad. Me conformo con creeros, pero no os lo agradezco.

(Traducido.)

MIÉRCOLES DE CENIZA.

Llámase así este dia, porque conforme á la Iglesia católica el sacerdote bendice entonces la ceniza y la aplica á la frente de los fieles. Esta ceniza se forma con las palmas benditas del año anterior. La ceniza se limpia, seca y sirve con este objeto.

LA AZALEA.

AZALEA es una voz derivada del griego y significa *seco*. La planta de este nombre es un arbusto hermoso y lozano que crece sin cultura en la América del Norte, donde una de sus especies llega hasta la altura de catorce y quince piés (unas tres varas). Sus flores brotan antes que las hojas: llámásele flor de mayo. La AZALEA de flores blancas es un arbusto menor que la de que hemos hablado y tiene un olor muy suave. La llamada AZALEA

pónica da flores amarillas, y la llamada *indica* tiene muchas flores de un encarnado hermoso y encendido.

EL APRENDIZAJE DE UN ENAMORADO.

Un sillero rico, cuya hija llegó á casarse con Dunk, el afamado conde de Halifax mandó en su testamento que aquella quedase sin derecho á la herencia si no se casaba con un sillero. El jóven conde de Halifax, para pegársela al padre y lograr á la hija, estuvo siete años de aprendiz con un sillero y después se unió con la rica sillera para toda la vida.

INCORREGIBLE.

Una señora casada decia una vez á una jóven, que mas valia echarse al fondo del mar que no casarse.

—Así lo haria yo, replicó esta, si tuviera yo la certeza de encontrar un marido en el fondo.

EL CANTO.

El canto es muy provechoso en los casos de indigestion, lo mismo que los de debilidad de los pulmones, siempre que no existe inflamacion. La predisposicion á indigestiones ha sido curada con lecciones moderadas de canto.

ETIQUETA.

El regalo á una pareja de recién casados debe hacerse por medio de una esquila á nombre del marido y la mujer de la casa: si se presenta en persona debe darse á la novia á nombre del marido y la mujer.

LA VUELTA DEL SOLDADO.



TREINTA años hará que en el hermoso valle de Vire, en Francia, salió Francisco Lorimer á dar su último paseo de mayo en compañía de Maruca Duval, antes de que la desapiadada conscripcion le sacase de su apacible hogar, de sus gratos valles, y le obligase á desprenderse del objeto de sus primeros amores. Triste fué el paseo como es fácil de concebirse; pues aun cuando era brillante la mañana y la naturaleza, sea dicho para mengua de ella, aparecia de lo mas risueño como queriéndose burlar del pesar de nuestra pareja, no ejercia influencia alguna en el ánimo de ambos la hermosura de la perspectiva que á la vista tenian, y no parecia sino que estaban en medio de tinieblas ó que eran tristes, muy tristes los objetos que les rodeaban. Mucho y por espacio de mucho tiempo hablaron; pero libreme Dios de revelar la conversacion reservada que tuvieron. No haria tal por todos los tesoros del mundo, y sobre todo, no sabiendo de todo lo que se dijeron, sino que Francisco Lorimer juró que la imagen de Maruca estaria grabada por siempre en su memoria, que le inspiraria esfuerzo en la pelea y regocijo en el vivaque, y que Maruca protestó que no daria su mano sino á Francisco Lorimer, así pudiera el viejo ricacho del señor Latoussefort, el gran Forlan, poner á sus piés su persona y ha-

cienda; y en suma, que cuando Francisco volviese después de haber cumplido sus siete años de servicio, la encontraria todavía dedicada á su ordinario ejercicio de hilandera, y completamente á sus órdenes.

—¿Pero y si llegare á perder alguno de mis miembros? dijo Francisco Lorimer.

—Que no te hieran el corazon y lo demás importa poco, respondió Maruca.

Separáronse; Maruca antes de volver á su ama, lloró mucho, pero á poco se tranquilizó; entregóse á su acostumbrada tarea, cantó, bailó en la diversion que se celebrara en la aldea, conversó con los que conversaban, se rió con los que se reian y cautivó los corazones de todos los mozos del lugar con su hermosura desnuda de galas y con su natural donaire. Sin embargo, todavía no echó á Francisco Lorimer en olvido, y cuando alguno se presentaba á pedir su mano, la buena señora su madre decia á los pretendientes que consultasen á Maruca, quien siempre tenia á mano la respuesta, y con palabras cariñosas y semblante afable los despedia sin concederles lo que pretendian; pero sin disgustarlos. Por fin llegó su vez al viejo del señor de Latoussefort y presentóse á solicitarla, con todas sus talegas, manifestando que su mas vehemente deseo era enriquecer á la buena Maruca; pero esta se mantuvo firme, y habló del po-



bre de Francisco Lorimer de una manera tan patética que se retiró llorando el anciano. Seis meses después falleció, dejando con asombro de todos los vecinos del lugar, sus cuantiosos bienes á Maruca Duval.

Entre tanto se incorporó Francisco al ejército y de delicado y bien parecido conscripto, convirtiéndose en soldado valiente y vigoroso. Agregado al grande ejército del norte, pasó por todas las penalidades que padecieron las tropas que le componían, durante las campañas de Polonia y Rusia; pero nunca llegó á perder su jovialidad, porque la memoria de Maruca prestaba pábulo á su amor y ni aun el invierno que pasó en Rusia pudo conseguir entibiarsele. No hubo penalidad que no sobrellevase con gusto durante la desastrosa retirada que se siguiera. Mientras le proporcionó su montura un pedazo de cuero suave, no le faltó alimento, y mientras tuvo la fortuna de encontrarse con algun buen caballo muerto donde meterse no careció de mesa y alojamiento á un tiempo. Su denuedo y su inagotable sufrimiento habían llamado desde el principio la atención de aquel hombre célebre cuya mas brillante cualidad era la de saber premiar imparcialmente. Fué premiado Francisco como la equidad lo exigía; pero al fin, en una de aquellas desgraciadas batallas en que procuraba en vano Napoleon hacer volver el rostro á la fortuna, el jóven soldado, en medio de sus admirables proezas, fué herido mortalmente en un brazo.

Lo demás que ocurrió lo omitiremos. Mutilado, enfermo, débil y cubierto de harapos, encaminóse Francisco á su valle natal, y dudando cuál seria la recepcion que se le hiciese porque la miseria nos vuelve misántropos, dirigióse á la choza de la señora Duval. Habia desaparecido esta choza, y preguntando por la señora

Duval se le indicó una hermosa finca que estaba situada á la inmediacion de los márgenes del rio. Creyó que se habia cometido algun error al designársele aquella casa; pero con todo, arrastró hácia ella sus destrozados miembros y llamó con timidez á la puerta.

—¡Adentro! gritó desde lo interior la jovial anciana.

Entró Francisco y dirigió sus vacilantes pasos á una silla sin esperar á que se le brindase. Quedósele mirando la señora Duval por un momento, y corriendo con precipitacion á la escalera exclamó á voz en cuello:

—¡Abajo, Maruca, abajo! ¡aquí tenemos de regreso á Francisco!

Con la celeridad del relámpago bajó Maruca las escaleras, percibió el desgarrado uniforme del soldado y corrió hácia donde estaba el inválido: detúvose, notó su huraño semblante y su manga sin brazo, y arrojando un hondo suspiro fijó en su rostro sus ojos. Un momento apenas se estuvo contemplando en silencio, pero distintamente se percibia que en su corazón no habia olvido, tibieza ni orgullo; asomaban á un tiempo á sus ojos pesar, júbilo, amor y constancia.

—¡Oh Francisco, Francisco! hubo de exclamar al cabo, ciñendo el cuello del soldado con sus brazos, ¡cuánto has padecido!

Al hacer este movimiento la moza, desprendióse de los hombros del inválido la vieja levita que traía y viósele brillar al pecho la cruz de oro de la legion de honor.

—¡Ah! exclamó la jóven al verla, he ahí tu premio.

Entonces el soldado estrechóla contra su seno.

—¡Mi premio es este, dijo; este es mi premio!

EL PARTO DE LOS MONTES.

LOLILLA y Felipito, hijos ambos de unos honrados pero pobres *campiranos*, que así llaman en esta mi tierra á los campesinos, con la mismísima autoridad que los denomina *paisanos* mi prójimo aunque no paisano el traductor de los Misterios de Paris; Lolilla y Felipito, de quienes por consecuencia infalible del rodeo que se me autojó en mala hora hacer me he separado algunas leguas, es decir algunos renglones, se juntaban donde quiera que casual ó intencionalmente se encontraban, y brazo sobre brazo, parlotaban y se divertían amigable é inocentemente, pues conviene saber que él no le llevaria á ella arriba de dos navidades ni ella tendria mucho mas de nueve años cumplidos.

No eran hermanos los dos chicos de cuyos nombres acabo de imponer al lector; sino por lo que tenían uno y otro, lo mismo que todos los racionales, de nuestros primeros comunes padres, aquellas únicas criaturas humanas que han tenido la suerte, disfrutando de *un todo seguido*, es decir de una serie no interrumpida de bienes, de *condensar* ó reunir en sí todas las bendiciones del cielo.

Bien que no fueran hermanos consanguíneos, *simpatizaban* admirablemente. Y no tuerza la boca la preciosa lectora al tropezar aquí con la voz *simpatizar*, pues aunque es un galicismo patente, mas de cuatro iberos y mas de ocho compatriotas

Tom. II.

mios, luminosas antorchas de la literatura moderna, han convenido por unanimidad en admitirla en el seno de la lengua castellana, dándole, por virtud del principio del "uso constante," su competente y legítima carta de naturaleza, con agravio del pobre *CONFRONTAR*, que por ser demasiado castizo no merece ya estar en servicio, hoy que tanta necesidad tenemos todos los escritores, de voces nuevecitas y retumbantes.

Satisfechos y gozosos caminaban un día mano á mano los venturosos muchachos, por un llano, llano del villorrio en que vivían, cuando alcanzaron á ver á pocos pasos de ellos un burro hermoso y lozano que mataba el tiempo paciendo la escasa y corta yerba que tapizaba la tierra.

—Mira, Pito, dijo la muchachuela bailándole los ojos; mira al orejudo aquel que está allí, tan quitado de la pena como nosotros.

—¡Y sí! contestó Felipito mirando atentamente al burro y parándose de pronto.

Luego, después de un rato de reflexion, con el dedo índice puesto en mitad de la ancha frente:

—¡Vámoslo montando, Lilla! agregó.

Ni sí ni no dijo Lolilla, pero siguiendo al pié de la letra el ejemplo de Felipito, echó á correr tras él y corriendo ambos á alcanzar al burro que muy ajeno estaba de la desgracia que se le esperaba con los tra-

P.—23

viesos rapazuelos, no se movió de su sitio, ni siquiera volvió su grave rostro á ver qué era lo que turbaba su por tantos títulos sabrosa soledad.

No fué sin una regular dosis de recelo y sin haberlo pensado un rato, que Felipito se resolvió á poner en ejecucion su atrevido intento. Trepóse pues en el paciente cuadrúpedo, mas viendo luego que Lolilla como mujer y menor que era no podia montarse por sí sola, brincó él de su cabalgadura al suelo, aupó á su compañera, volvió á encaramarse como la vez primera, y ya acomodados ambos y perdido el miedo, comenzó Felipito á estimular al burro á interrumpir su *quietismo*, con el auxilio de un palo.

Mal de su grado y con harto dolor de su corazon, el burro echó á andar, y como los golpes redoblaran é hicieran en su sensibilidad un efecto que no fuera de echar á puerta ajena, tomó á correr y correr en medio de los vigorosos latigazos, las estrepitosas risotadas, los *atronantes* gritos y los retumbantes chifidos de la traviesa pareja.

No fué mucho lo que corrió el animal, antes que por dicha suya y desgracia de los muchachos, tropezando con un montecillo diera un traspié y pusiera á Lolilla y Felipito tendidos á lo largo por el suelo. Grande fué el susto de ellos al sentirse desmontados tan repentina y extrañamente; pero mucho se alegraron cuando reconociéndose vieron que no era cosa la lesion que recibido habian, pues aun la mas escrupulosa inspeccion de su cuerpo no hubiera descubierto nada mas que tal cual rasguño y uno que otro *moreton* como dicen los que no entienden de cardenales.

Y pasando rápidamente de un afecto á otro como con tanta frecuencia sucede en el mundo á niños y á viejos, habrian los muchachos dado rienda suelta á la risa que comenzaba á retozarles á no adver-

tir uno de ellos, al levantar del suelo una de sus manos, révueltos con la tierra del cerrito unas cuantas hebras de pelo de cabeza al parecer humana.

—¡Caramba! exclamó Felipito al encontrarse con aquella planta tan espantosamente exótica entre sus dedos y mirándola con tal terror que los ojos parecian querer saltarse de sus órbitas y los labios no tenian color y la cara, requemada del sol, estaba cenizosa.

Lolilla, á la exclamacion de su compañero, volvió la cara á ver lo que la causaba y al reparar las parleras cuanto espantables hebras, quedóse con la boca abierta y tapados los ojos con ambas manos sin poder articular una palabra.

De suerte y manera que los pobres chicos, á la hora que se contemplaban mas dichosos, así por el placer de andar en burro que habian disfrutado como por el gusto de haber librado bien de la caída, vinieron á encontrarse muy conturbados y afligidos.

Aquí entra perfectamente bien una letanía de reflexiones morales sobre lo efímero de los gustos de la vida desde que á Eva, nuestra amable y coqueta madre se le puso en la cabeza probar qué sabor tenia un vedado fruto; mas para moralizar se necesitan disposiciones naturales de que me confieso yo totalmente destituido: aun cuando me fuera posible poner la cara adusta ó *brusca* como se estila decir hoy y amontonar en mi cabeza un puñado de ideas tristes, nunca podria yo vencer la repugnancia que tengo y siempre he tenido á todo asunto tétrico.

Pasada la primera impresion, recobrados del pavor que los habia tenido largo trecho pasmados, (¡qué no diera yo por haber puesto *galvanizados!*) los rapazuelos dando las espaldas al funesto sitio, se pusieron en marcha, taciturnos y cabizbajos,

para su casa. Felipito, á fuer de cumplido galan ó de fino amigo mas bien, acompañó á Lolilla hasta la *mera* puerta de su hogar, restituyéndose él al suyo propio *en seguida*.

Cada uno por su lado, ambos muchachos contaron lo que habia pasado, todo punto por punto, menos lo que al burro concernia, pues de este no se chistó una palabra. En breve se supo en todo el lugar el extraño suceso, y tanto se ponderó y divulgó el caso, que la justicia hubo de creerse al fin precisada á *interiorizarse* en él.

Por primera providencia, llamóse á los padres de Lolilla y Felipito á declarar bajo juramento, practicándose otro tanto con cuantos vecinos hablaban del suceso, los cuales componian sobre poco mas ó menos toda la poblacion.

Ahora, ¡qué creen ustedes, amables lectoras mias, que se sacó en limpio de lo mucho charlado, de lo mucho declarado, de lo mucho escrito, de lo mucho congeturado?

¡Asómbrense ustedes!

En el cerrillo consabido se encontró un cadáver.

¡Pero era el cadáver de un mono!

Comprobado quedó debidamente que por tal tiempo se habia dado allí animal sepultura á un real y verdadero mono.

—Y ¿en qué pararon Lolilla y Felipito? me pregunta en este momento mi hijo, que á mis espaldas ha estado leyendo lo que va escrito.

—No lo sé por cierto, ni tampoco me he puesto decirlo.

Mi hijo meneaba la cabeza y tuerce la boca, en señal de que no le satisface la respuesta.

—Y ¿qué título tiene eso?

¡Voto á!... ¡Aquí finca la dificultad!

¡Título!... Un título en la *actualidad del dia de hoy*, por estos tiempos en que el título suele ser lo único que habla en un escrito literario, es cosa tan difícil como hallar para mi patria un ministro de mediana inteligencia, un congreso laborioso y entendido....

Mientras yo, reclinado contra la mesa, apoyado sobre la mesa el codo y cargada la cabeza sobre la palma de la mano, digo para mí lo que me sugiere el aprieto en que el título me pone, mi hijo me está mirando á la cara sin pestañear, como esperando ver en ella *diafanizado* (¡linda voz esta!) mi *intitulatorio* pensamiento.

—Pues.... prorumpo al fin,

EL PARTO DE LOS MONTES

es el nombre con que yo, narrador fiel de un suceso verídico bautizo esta historia.

—Pero ¿cómo lo manda usted imprimir, con el título ahí al último?

—Allá se las avenga el formador.

EUFEMIO ROMERO.

LA VIDA SIN AMOR.

Vense con frecuencia hombres que piensan que toda manifestacion de afecto es una debilidad. Estos al regresar de un viaje saludan á su familia con una gravedad cómica y se pasean entre sus hijos con la sequedad y entono propios de gentes de hielo. No hay nada mas triste en el mundo que esas familias sin alma. Valia mas que un padre cegara á su hijo que no que apartara de él su corazon. ¿Quién que ha gustado las delicias de la amistad y sabe apreciar la simpatía y el amor no querria mejor perder cuanto hay de hermoso en la naturaleza antes que verse privado de los ocultos tesoros de su corazon? No os desprendais pues de los afectos de vuestro corazon. Gozaos siempre en las delicias que proporciona el amor filial, paternal y fraternal.